



Guillaume Apollinaire

obra de Apollinaire; el enfrentamiento de lo sagrado y lo profano y el amor y la libertad como forma de asimilar a la muerte. Ya en relatos como *El Sacrilego* o *El Caminante de Praga* el problema de dios y una nueva teología está presente, la necesidad de vivir bajo preceptos más humanos se hace necesaria, en estos cuentos dotados de humor y mordacidad el autor, fuera de regodearse con la anécdota y la influencia, crea y trasmite ese nuevo espacio moral para la humanidad que exige nuevas formas de realización.

Al parecer *Los once mil falos* nace bajo apreciaciones políticas bien específicas, Apollinaire aprovecha más de la *posición rebelde y herejía teológica* de Sade que de su visión estrictamente literaria, siendo un conocedor profundo de la obra del marqués, resulta ilógico pensar que repetiría fraudulentamente un libro que ya ha sido escrito, a no ser que *el momento histórico se lo exigiera*: una frase del libro puede definir esta idea: "lo que estamos viendo es el mundo de las crueldades legales".

Los personajes de la novela son en su mayoría gente de la aristocracia. Los grandes cambios históricos conllevan grandes cambios morales y el artista es el vidente que se encarga de hacerlos ver y servir como puntas de lanza que han de abrir la brecha hacia nuevos lugares. Una de estas formas, la más exasperante quizá, es presentarnos ante el espejo de nuestra propia inmundicia. Aquí es donde el valor de *Los once mil falos*, como uno de los elementos culturales impugnador de "revoluciones" y "cambios", vociferante y desmitificador, se hace inegable.

El asombro y el horror como caminos para llegar a la sublimación del espíritu en busca de sí mismo: "Entreabrir el abismo de la iniquidad y precipitarse en él, a fin de reaparecer ataviado con las alas del genio del mal e immortalizarse con la asfixia de toda virtud y la divinización pública de todos los vicios."

*Los once mil falos* a diferencia de la obra de Sade no logra "ser grande en su obscenidad", sin embargo forma parte del conjunto de obras de un hombre precursor de los movimientos más explosivos de Europa, como son el cubismo, el modernismo y el surrealismo.

Apollinaire en este libro presenta una de sus facetas, facetas que conformaron a un escritor del cual diría Bretón: "la fórmula de su escritura es la *pureza libre*" palabras que confieren sinnúmero de significados

pero que evocan y ubican la literatura del poeta.

Bajo preceptos libertarios extremadamente radicales la creación siempre comprometida con el creador se ofrece de manera tajante: "Tal vez se halle que nuestras ideas son algo fuertes ¿y qué? ¿acaso no hemos conquistado el derecho de decir cualquier cosa?"

*Los once mil falos* es la historia del exceso en busca de la purificación: "Exuberancia es belleza" diría Blake. El hombre como receptáculo de todos sus vicios y virtudes, el hombre como fin y solución. La búsqueda del límite de nuestras propias acciones, el reconocimiento del hombre como un fenómeno excrementicio. (En busca de la fecalidad perdida de A. Artaud), la voluptuosidad y la entrega, la pasión como forma de conocimiento, un grito que socava morales entumecidas, la oportunidad de acercarse a Apollinaire por un camino simplemente gracioso para arribar a sus obras mayores.

Víctor M. Navarro

Apollinaire, Guillaume. *Los once mil falos*. Premia Editora, S. A. Los brazos de Lucas, México 1977, 99 pp.

## Foucault: para una arqueología de la sexualidad

El modelo teórico de Michel Foucault se funda en una concepción arqueológica del saber, de las formaciones y de las prácticas discursivas. Para él, arqueología es descripción intrínseca "que interroga lo ya dicho al nivel de su existencia", de su individualización, localización, singularidad, sucesión, entrecruzamientos que caracterizan la forma de su coexistencia con otros campos. Naturalmente, esto impide un esquema único y lineal; por el contrario, Foucault intenta escribir una *historia general*, o sea, describir espacios de dispersión.

En consecuencia, síntesis y continuidad no constituyen axiomas. Se trata de situar y definir reglas de construcción, de remontarse a los enunciados (el elemento último, el "átomo del discurso") para desarrollar "una descripción pura de los acontecimientos discursivos". Foucault no supone un fondo que defina la esencia de cada enun-

ciado, ni se propone revelarla, en el caso de que exista; no cree en un fondo común u original. Opta por la complejidad propia del campo discursivo. No un fondo enigmático sino conjuntos de reglas; no la idealidad sino la formación de los objetos, con todas las jerarquías y desniveles que ello implica. No la solución hipotética de las contradicciones: sólo su descripción. Ningún efecto unificador sino, por el contrario, multiplicador. Se trata de un *diagnóstico*.

Desde esta óptica, y con diversos matices, Foucault desarrolla una arqueología de la mirada médica en *El nacimiento de la clínica* (1963) y la *Historia de la locura en la época clásica* (1964); un análisis de la gramática general, de la riqueza y de la historia natural —sus discontinuidades, rupturas, analogías, similitudes, aproximaciones y disoluciones, en el orden de la representación— en *Las palabras y las cosas* (1966).

*La arqueología del saber* (1969) es el marco en que se sitúa el pensamiento de Foucault y que, en mayor o menor medida, sostiene toda su producción teórica. Más tarde, en 1975, publica la que hasta el momento es probablemente su obra más acabada: *Vigilar y castigar*, que además es el antecedente de su proyecto más ambicioso: una *Historia de la sexualidad*, de la cual se revisa aquí su primer tomo, *La voluntad de saber*.\*

En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault señala al cuerpo humano como un espacio de dominio político, cercado, sometido, domado, forzado por y en las relaciones de poder. El cuerpo es un dominio utilizado económicamente por medio de cauces que no son la violencia y la ideología sino instancias calculadas, organizadas, sutiles, técnicamente reflexivas, que permanecen siempre en el orden físico y constituyen lo que Foucault denomina *tecnología política del cuerpo*.

El cuerpo del infractor penal es el espacio que será sometido a los suplicios y las torturas; en él y por él se representa una falta que se castiga punitivamente. El cuerpo es un objeto del conocimiento científico y es también su objetivo. Es un bien social que (en el caso de los infractores) se apropia colectivamente con fines de utilización. Su actividad se somete a horarios, movimientos obligatorios, actividades determinadas; es sujeto a —y de— reglas, hábitos, órdenes. El cuerpo es manipulado, moldeado, educado; se le inculca la obediencia, la habilidad y la docilidad: es cercado por reglamentos disciplinarios (militares, escola-



res, hospitalarios), organizaciones seriales y esquemas anatómico-cronológicos del comportamiento. En su forma más compacta y terminante, esta tecnología política es la disciplina penitenciaria.

Pero el sistema penitenciario es extensivo al cuerpo social: el cuerpo se convierte (en la medida de sus virtuales "desviaciones") en un espacio vigilado permanente y panópticamente. La sociedad y sus relaciones de poder se dan a partir de este principio: el poder de vigilar y castigar rige los múltiples y muy variados procesos panópticos, cuyo objetivo primero y último es la *normalización*. Arquitectura, hospital, escuela: todo el universo disciplinario permite la observación de la conducta de una manera articulada y detallada. La vigilancia del cuerpo como espacio político será extendida por Foucault a la formación discursiva de la sexualidad.

La sociedad moderna comprende una maraña de estudios que denuncian una sexualidad sometida a prohibiciones y rechazos, censuras y denegaciones —el caso de Freud. De acuerdo a esta "hipótesis represiva" —sustentada también por Wilhelm Reich— el sexo es el punto medular de la "liberación". Foucault adopta un enfoque distinto: la sexualidad *se inscribe* en un saber, en unas relaciones de poder, unas prácticas discursivas, un lenguaje; y esto de ninguna manera la vuelve axial, sino que la integra en una práctica global y específica. Poder y saber se implican entre sí: "no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder".<sup>1</sup>

Foucault no niega la represión del sexo, pero sí encuentra una diversificación y multiplicación de discursos (que desde luego incluye a la "hipótesis represiva") que hablan del sexo constantemente —así sea de su negación. Las instancias de poder, afirma, incitan y se obstinan institucionalmente en oír y hacer hablar del sexo, en una práctica que comienza a formarse desde el siglo XVII. Históricamente, el proceso se inicia con el surgimiento de la burguesía; la libre e indiscriminada referencia al sexo que antecede su ascenso sufre una suerte de involución: de la libre manifestación, no estimulada, del sexo, las nuevas formas de poder y saber derivan a la instalación de tabúes. De ahí en adelante, el discurso sexual tomará la forma de la confesión, desde nuevos puntos de vista y en busca de efectos distintos: "la conducta sexual de la

población es tomada como objeto de análisis y, a la vez, blanco de intervención" (p. 36). Paulatinamente, la sexualidad será dividida en distintos campos: surge la biología, la medicina, la demografía, la psiquiatría, la psicología, la pedagogía; con ellas, la sexualidad es enfrentada a través de la confesión, el interrogatorio y la interpretación; y las sexualidades periféricas, las "aberraciones" o "perversiones", son especificadas e incorporadas a partir de tal explosión discursiva. La sexualidad se clasifica, se hace inteligible, y esto, de acuerdo con Michel Foucault, indica que la sociedad burguesa del siglo XIX, "sin duda también la nuestra, es una sociedad de la perversión notoria y patente... procede por desmultiplicación de las sexualidades singulares. No fija fronteras a la sexualidad; prolonga sus diversas formas, persiguiéndolas según límites de penetración indefinida. No la excluye, la incluye en el cuerpo como modo de especificación de los individuos; no intenta esquivarla; atrae sus variedades mediante espirales donde placer y poder se refuerzan; no establece barreras; dispone lugares de máxima saturación... es perversa directa y realmente" (pp. 61-62).

Esta práctica sustituye la iniciación de un *ars erotica* por una *scientia sexualis*: la individualización se alcanza mediante la confesión —y la "verdad" producida corresponde a las relaciones de poder. El ejercicio de la *scientia sexualis* define al sexo como un espacio susceptible de procesos patológicos; tiende a descifrar sus prácticas ocultas, erige una terapéutica y una normalización. La *Historia de la sexualidad* parte de estos mecanismos "productores de saber, multiplicaciones de discursos, inductores de placer y generadores de poder; hay que partir de ellos y seguirlos en sus condiciones de aparición y funcionamiento, y buscar cómo se distribuyen, en relación con ellos, los hechos de prohibición y ocultamiento que les están ligados" (p. 92).

La sexualidad es un dispositivo; no sólo placer, sino también saber y, a partir de esto, un saber sobre el placer, un placer en saber sobre el placer y un placer-saber: la sociedad burguesa inscribe al sexo en el campo de su racionalidad. El dispositivo de la sexualidad prolifera, innova, anexa, inventa, penetra los cuerpos. Por ello, Foucault no emprende una "teoría" (como lo haría Marcuse) sino una "análisis" del poder. No cree que éste se base privativamente en la negación del sexo, en su prohibición, sino que participa también de

cierta positividad, cierta eficacia productiva, cierta riqueza estratégica: el poder es también productor.

El Estado, la ley, la globalidad de una dominación no es el poder sino sus "formas terminales". El poder está en "las relaciones de fuerza immanentes y propias del dominio en que se ejercen", en los enfrentamientos que lo modifican, en sus apoyos, cadenas o sistemas, en sus corrimientos y contradicciones. De acuerdo con Gilles Deleuze, Foucault no acepta "localizaciones exactas", y de ahí que la *Historia de la sexualidad* se propone como el estudio de las relaciones históricas entre el poder y el discurso sobre el sexo (y las relaciones de poder consolidan al Poder en cuanto se inscriben en el código de su hegemonía: el Estado las integra institucionalmente).

El modelo teórico de Michel Foucault conlleva y despeja un inmenso vacío para el pensamiento occidental (como lo evidencia la crítica de Jean Baudrillard<sup>2</sup>). Para él, no es un objeto de estudio la probable síntesis de un divorcio original (como podría decirse de Hegel, Feuerbach o Marx respecto a la esencia humana, por ejemplo) y por eso en *La voluntad de saber* interroga a los discursos sobre sexo en dos niveles: "su productividad táctica (qué efectos recíprocos de poder y saber aseguran) y su integración estratégica (cuál coyuntura y cuál relación de fuerzas vuelve necesaria su utilización en tal o cual episodio de los diversos enfrentamientos que se producen)" (p. 124). Analiza, establece nexos y disociaciones o postulados esenciales: permanece en la dimensión del discurso.

El dominio de la *Historia de la sexualidad* se despliega en cuatro grandes estrategias que aparecen en el siglo XIX, cuyo núcleo y génesis tiene lugar en la familia: sexualización del niño (su cuerpo es un "bien" social, se desata la cacería contra el enanismo); histerización de la mujer (la satura de sexualidad, la integra a las prácticas médicas, relaciona su fecundidad con el cuerpo social, la confina al espacio familiar y al cuidado de los niños); especificación de los perversos (los aísla biológica y psíquicamente, codifica las anomalías y busca para ellas una tecnología correctiva) y, por último, regulación —económica, política, médica— de las poblaciones.

Para Foucault, los mecanismos de represión sexual se distienden en el siglo XX. Ni siquiera soslaya una nueva o posible sublimación ni aborda lo que, en cuanto al Poder, puede este hecho indicar. Se remon-

ta al surgimiento de la dominación burguesa y desarrolla una de sus más interesantes proposiciones: la burguesía, lejos de ignorar su sexo, se dio de inmediato a la tarea de cuidarlo, protegerlo, cultivarlo y preservarlo; a partir de él intenta dotarse de una distinción de *clase*, basada en la salud, la higiene, la descendencia y la raza: "la aristocracia nobiliaria también había afirmado la especificidad de su cuerpo, pero por medio de la *sangre*", es decir, por la antigüedad de las ascendencias y el valor de las alianzas; la burguesía, para darse un cuerpo, miró en cambio hacia la descendencia y la salud de su organismo. El sexo fue la 'sangre' de la burguesía" (p. 151). En lugar de sangre azul, un organismo y una sexualidad acentuadas, saludables.

El proletariado adquirió cuerpo y sexualidad al sobrevenir conflictos como el del espacio urbano: cohabitación, proximidad, contaminación, epidemias, prostitución, enfermedades venéreas. Es entonces cuando el cuerpo se vuelve un sujeto de vigilancia. La burguesía, en efecto, ya no necesita afirmarse como clase dominante mediante su cuerpo, lo que anula el hecho de que la sexualidad —los efectos, compartimientos, las relaciones inducidas en los cuerpos y la voluntad de saber acerca del sexo— sea una tecnología política originaria e históricamente burguesa. En consecuencia, "no hay que referir a la instancia del sexo una historia de la sexualidad, sino mostrar cómo el 'sexo' se encuentra bajo la dependencia histórica de la sexualidad".

*La voluntad de saber*, primero de seis títulos para una arqueología de la sexualidad (los cinco restantes, que aparecerán próximamente, son *La cruzada de los niños*, *La mujer, la madre y la histérica*, *Los perversos*, y *Población y razas*) traza el método y el dominio en que se inscribe este proyecto, sus relaciones con el poder y la génesis de su práctica discursiva. Fundamentalmente, a Foucault le interesa el desplazamiento. Y como advierte Deleuze, se orienta a encontrar la forma en que se expresan las luchas de poder, para construir "pedazo por pedazo, el diagrama revolucionario donde surgen a la vez un nuevo hacer y un nuevo decir".<sup>3</sup> Desde este horizonte, el primer tomo de la *Historia de la sexualidad* es un campo riguroso y específico —no necesariamente definitivo— que permite un nuevo acercamiento crítico a nuestra propia realidad.

Roberto D. Ortega



\* Michel Foucault: *Historia de la sexualidad* / 1. *La voluntad de saber*. Traducción de Ulises Guinazú. Siglo XXI Editores, S. A., México, 1977. 194 pp.

#### Notas

1. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores, S. A., México, 1976, p. 34.

2. Se trata de un interesante ensayo: *Olvidar a Foucault*, publicado en *La cultura en México*, suplemento de *Siempre*, diciembre 29 de 1977. Baudrillard cuestiona lo que para él son figuras o limitaciones en la obra de Foucault y afirma que la Razón sexual es la nueva moral, y que precisa de una genealogía. En ocasiones, cuestiona a Foucault con los propios argumentos de éste ("el poder es algo que se intercambia"; el poder, la economía y el sexo son "trucos reales"). En todo caso, su punto de vista respecto a la sexualidad se sitúa —como Foucault señala respecto a Reich— "dentro del dispositivo de sexualidad". Baudrillard no disimula su molestia, además, por el "significado flotante" que aparece con frecuencia en Foucault: quiere cosas concretas.

3. Michel Foucault: un nuevo cartógrafo, por Gilles Deleuze. *La cultura en México*, noviembre 3 de 1977.

## Reseña de reseñas

A partir del número próximo reseñaremos una serie de libros y revistas que hemos recibido del extranjero. Nos contentaremos ahora con enumerarlas: de Venezuela nos han llegado cuatro números de la Revista *Zona Franca*, que inició su tercera época en mayo. Esta revista, fundada por el poeta Juan Liscano, codirigida actualmente con Alejandro Oliveros, y con Julio Miranda como jefe de redacción, continúa una labor cultural de primera importancia que por su

alto nivel, sostenido gracias a la infatigable labor de su fundador (ahora director de la editorial Monteavila de Caracas) y de sus colaboradores, sigue siendo una de las mejores del continente. Ojalá pudiéramos recibirla con regularidad para que circulase por las librerías de esta capital, como circulan otras revistas venezolanas, entre ellas *Escritura*.

Del profesor chileno, Cedmil Goic, especialista en novela latinoamericana y literatura chilena (y director del *Handbook of Latinamerican Studies*, publicada por la universidad de Michigan en Ann Arbor) nos ha llegado *Dispositio*, revista hispánica de semiótica literaria, editada también en Ann Arbor, y dirigida por Walter Mignolo. El profesor Goic promete colaboraciones suyas, del poeta chileno Reynaldo Hahn del cual nos ha enviado *Hispanamérica* un libro de poemas: *Arte de morir*. Así como también de Walter Mignolo (ya mencionado) y de Luis Iñigo Madrigal, que ahora radica en Dinamarca.

Saul Sosnoski, director de la revista *Hispanamérica*, nos envía desde la Universidad de Maryland dieciséis números de tal publicación, así como varios de los libros que edita. Entre ellos, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal*, de Hernán Vidal, y *Borges y la Cábala*, del propio Sosnoski.

De Nueva York llegará pronto *Escalandar*, cuyo director, el cubano Octavio Armand, ha enviado algunas colaboraciones a esta revista, que aparecerán en el número de febrero de 1978. Entre los textos contenidos en *Escalandar*, encontramos *Punto contra Punto*, texto poético, y un artículo sobre Zequeira, poeta cubano anterior a Martí y surrealista *avant la lettre*. El consejo de redacción de la revista está integrado, entre otros, por Octavio Paz, Guillermo Cabrera Infante, Pere Gimferrer, Guillermo Sucre y Julián Ríos. *Escalandar* promete ser "un espacio abierto al destino" (SIC).

Juan Soriano nos escribe desde París ofreciendo colaboraciones de pintores y escritores residentes en Europa. Hugo Verani, profesor uruguayo de la Universidad de California en Davies, nos enviará una introducción a los poemas inéditos de María Eugenia Baz Ferreira, —la importante poetisa uruguaya de principios de siglo— y un cuento, también inédito, de un importante escritor de su país, poco difundido hasta ahora: L. S. Garini.

Jaime Alazraki, ahora en Harvard, nos envía su libro *Versiones-inversiones/ Reversiones*, publicado por Gredos.